

## CARTA VIGÉSIMASEGUNDA.

SUMARIO: Placer del oído.—Voces y palabras que oiremos en el cielo.—Cantos.—El canto de los ángeles, de los santos, de las vírgenes.—Placer del olfato.—Del gusto.—Del tacto.—Son indecibles.—Resumen.—Conclusion.

### QUERIDO AMIGO:

Detras de la vista, el más noble de los sentidos es el oído. Por seguir, pues, el debido orden, debo hablarte ahora del *placer del oído*. El sonido de una voz dulce, los cantos armoniosos, los acordes de una buena música, tan pronto triste, como grave ó alegre, cada una de cuyas notas conmueve una fibra del alma, han apasionado á todos los pueblos y los apasionan hoy día. ¿Podremos ver en este hecho universal una aspiracion del género humano al cielo? Tentado me siento á creerlo así. Muéveme á ello la razon de que todos los deseos del hombre, durante su peregrinacion, encuentran su complemento en la tierra de los vivientes, y sólo en ella.

Sea de esto lo que fuere, es indudable que

los cuerpos de los Santos tendrán los órganos necesarios para oír y para hablar. Todos los Apóstoles, con gran número de discípulos, vieron al Salvador y hablaron con él despues de la resurreccion, y él respondía á las preguntas que le hacían. De modo que en el cielo oiremos la voz del Señor, la voz del Hijo mismo de Dios, la voz del que dijo: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.*

¡Oír con nuestros oídos la voz de un Dios! ¡Qué inefable felicidad! ¡Y qué interés tan grande tendrá su palabra, cuando Aquel por quien todo ha sido hecho, nos cuente la creacion del mundo, y el modo cómo se llevó á cabo, y el fin por que lo hizo; cuando nos descubra la causa y el fin de las revoluciones del globo, la armonía de los seres y las leyes admirables de su gobierno!

Oiremos la voz de la Santísima Virgen. ¡Oír la voz de la Santísima Virgen! Con sólo pensarlo el corazón se derrite de gozo y el alma se trasporta de alegría. Y con razon; que ni hay voz humana, ni música, ni armonía, ni melodía, que puedan dar idea del encanto de aquella voz, más que angélica.

¡Y cómo quedaremos suspendidos de la palabra de la Virgen cuando nos refiera, con los

más íntimos detalles, los misterios de la Encarnacion y de la Santa Infancia; cuando nos describa el viaje de Nazareth á Belén, y la bendita gruta, y la adoracion de los pastores, y la huida á Egipto, y cómo estuvieron allí, y el regreso á la Judea, y la vida de su divino Hijo en el taller de San José!

Oiremos la voz de todos los Santos y Santas de todos los países y de todos los siglos. Oiremos hablar á Adán y á Eva, nuestros primeros padres, y entonces sabrás lo que era la voz humana antes del pecado. ¡Con qué interés los escucharemos contar su felicidad primitiva, lo que podían, lo hermosos que eran en el estado de la inocencia, y las maravillas todas del Paraiso terrenal!

Oiremos hablar á Noé, el segundo padre de nuestra raza. ¡Qué pasará por nosotros cuando nos describa, por haberlas visto, las grandes escenas del diluvio, su estancia en el arca, su vuelta á tierra, las magníficas promesas que Dios le hizo, y las bendiciones de que le colmó á él, y en su persona á todo el linaje humano?

Oiremos hablar á Abraham, el padre de los creyentes. ¡Cómo palpitará nuestro corazon con el relato detallado del sacrificio de Isaac! Oiremos á todos los Patriarcas hablar de sus

peregrinaciones á países extranjeros. Joseph nos explicará su poderío; Moisés la libertad de Israel, el paso del Mar Rojo y todas las maravillosas circunstancias del viaje por el desierto. ¡Qué encantadoras no serán estas relaciones, hechas por testigos oculares!

Oiremos hablar á David, Isaías, Judith, Esther; Santa Ana, la bendita madre de la Virgen; Santa Isabel, madre del Bautista; los Reyes Magos; Lázaro, Marta, María Magdalena y demas amigos del Salvador; San Pedro, príncipe de los Apóstoles; San Pablo, el predicador del mundo entero; San Juan, el discípulo amado; San Antonio, el portento del desierto, que nos dirá los combates gigantescos y las maravillas de la Tebaida; San Agustín, príncipe de los filósofos; San Crisóstomo, dechado de oradores.

¡Qué más diré? Oiremos á los mártires refiriéndonos lo que, á pesar de nuestros estudios, no sabemos: lo que era el mundo pagano, su corrupcion profunda, su colosal poderío, su odio diabólico, su crueldad sin nombre, y luego sus propios tormentos, variados hasta lo infinito; sus combates en los anfiteatros con los leones y los tigres, seguidos de sus triunfos gloriosísimos.

En fin, oiremos hablar á nuestro padre, á

nuestra madre, á nuestros amigos, á todos los Santos y Santas, convertidos en nuestros hermanos y hermanas, con los cuales no tendremos más que un corazón y un alma, y para quienes nuestra palabra tendrá el mismo encanto que la suya para nosotros.

No parará en eso el placer del oído: en el cielo habrá cantos <sup>1</sup>.

El canto de los ángeles. «Y los serafines, dice Isaías, cantaban alternativamente: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llena está la tierra de su gloria» <sup>2</sup>. Y San Juan: «Oí la voz de una muchedumbre de ángeles que decían: Digno es el Cordero que ha sido inmolido, de recibir el imperio y gloria y bendición» <sup>3</sup>.

¿Quién dirá, amigo mío, la belleza de los cantos angélicos? Ocasión es de repetir con San Pablo: «La oreja del hombre no ha oído jamás cosa semejante». *Nec auris audivit. Y*

<sup>1</sup> «Corpora enim et aures beatorum, uti et reliqui sensus, æque ac mens et spiritus suam in cœlo hærebunt voluptatem eamque summam». (Corn. a Lap. *in Apoc.*, v, 8.)—«¡O qualis voluptas auditus illorum, quibus incessanter sonant harmoniæ cœlorum et concentus angelorum, dulcissima organa omnium sanctorum!» (S. Ansel., *in Elucidat.*)

<sup>2</sup> Is., vi, 3.

<sup>3</sup> Apoc., v, 11.

como todo lo de los ángeles es inmensamente superior á lo nuestro, debemos concluir que las más bellas voces humanas, en comparación de las angélicas no son más que campanas rotas.

El canto de los Santos. Completaré el texto de San Juan: «Y ví, dice, y oí la voz de una muchedumbre de ángeles alrededor del trono, y de los animales <sup>1</sup>, y de los ancianos, y su número era millares de millares. Y decían en alta voz: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición y honor, y gloria y poder, por los siglos de los siglos» <sup>2</sup>.

A las voces han de añadirse los instrumentos de música, de potencia y dulzura incomprensibles <sup>3</sup>. Figúrate tú, si puedes, la impresión que producirán esos conciertos inmensos, siempre antiguos y siempre nuevos, tanto más asombrosos, cuanto más afinados serán los instrumentos, más hábiles los artistas, más dulces y numerosas las voces, más delicados los oídos que los escuchan, más perfectamente sonoros los lugares en que resuenen, y más digno y más amado Aquel en cuyo honor se entonarán. Habiendo oído San Fran-

<sup>1</sup> Los serafines.

<sup>2</sup> Apoc., v, 11.

<sup>3</sup> Ib., xiv, 1-4.

cisco de Asís, durante algunos minutos, el sonido de un laud tocado por un angel, quedó tan sorprendido, que se creía en otro mundo.

¿Cuál será el asunto de esos cantares? Las maravillas inagotables del mundo de la naturaleza y del de la gracia, conviene á saber, todo lo que se puede imaginar de más capaz de elevar el entusiasmo hasta el delirio. «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos». Tal es el tema que se reproducirá sin cesar con variaciones infinitas y siempre con nuevos encantos.

Santo y tres veces Santo en la creacion; es decir, poderoso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces bueno, admirable y tres veces admirable en la creacion del cielo, en la creacion de la tierra, en la creacion de los astros, en la creacion de los animales, aves, peces, árboles y plantas; en la creacion de los ángeles y del hombre.

El conocimiento íntimo de cada una de estas obras maravillosas dejará á los Santos como anegados en un Océano de admiracion y de amor, que darán á sus cantos la expresion de indefinible placer.

Santo y tres veces Santo en la redencion; es decir, podroso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces

bueno, admirable y tres veces admirable en la redencion del hombre y del mundo, en su descendimiento á la tierra, en el seno de su Madre, en la gruta del nacimiento, en su infancia, en su trabajo, en su doctrina, en sus milagros, en sus padecimientos, en su muerte, en su resurreccion y en su ascension triunfante.

Santo y tres veces Santo en la santificacion; es decir, poderoso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces bueno, admirable y tres veces admirable en la santificacion del hombre y del mundo, en la fundacion milagrosa de la Iglesia, en su perpetuidad, en la institucion de los Sacramentos, en el valor de los mártires, en la santidad de los confesores y las vírgenes, en las obras de caridad, tan multiplicadas como las necesidades espirituales y corporales del hombre.

El conocimiento íntimo de cada uno de estos prodigios dejará nuevamente á los Santos como anegados en un Océano de admiracion y amor, que darán á sus cantos la expresion de indecible placer.

El estribillo de esos cantos sublimes y arrebatadores, no ménos sublime y arrebatador que los cantos mismos, será la palabra que nosotros balbucimos en el mundo los días de

grandes alegrías, sin conocer su aire y su poesía: el eterno ALELUIA <sup>1</sup>.

El canto de las vírgenes. A más de los dos cantos en que tomarán parte todos los elegidos, las vírgenes tendrán uno reservado sólo á ellas. El más bello ornamento de la corte celestial, las admirables vírgenes, que hasta el mismo mundo se ve precisado á respetar, acompañarán por do quiera al Cordero divino, y con un himno especial, que los ángeles y los Santos oirán sin poderlo repetir, atestiguarán á su divino Esposo su amor y su gratitud.

«Y ví, y he aquí el Cordero de pié sobre la montaña de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil <sup>2</sup>, que tenían su nombre y el nombre de su Padre escritos en la frente. Y oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas, y como la voz de un gran trueno. Y la voz que oí era como el sonido de los tañedores de arpa tañendo sus arpas.

»Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro animales <sup>3</sup>

<sup>1</sup> Apoc., xix, 3-6.

<sup>2</sup> Número que significa una muchedumbre innumerable.

<sup>3</sup> Cuatro serafines, primeros príncipes de la corte celestial.

y de los ancianos; y nadie podía cantar aquel cántico más que los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra; estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes, y siguen al Cordero por do quiera que va» <sup>1</sup>.

Este canto de las vírgenes, poderoso cual la voz de los grandes truenos ó ruidosas cataratas, y dulce como el sonido de un harpa, vosotras solas, ¡oh vírgenes bienaventuradas! podeis cantarlo: nosotros lo oiremos sin poderlo repetir y sin teneros envidia <sup>2</sup>.

*Placer del olfato.* En la tierra de los vivos el olfato, como todos los demás sentidos, tendrá su satisfacción propia, es decir, vivirá con la plenitud de la vida. Pero su vida es sentir el olor. No podemos dudarle: el cielo será una region embalsamada de los más deliciosos perfumes.

En mis cartas sobre EL AGUA BENDITA te cité, mi querido Federico, gran número de

<sup>1</sup> Apoc., xiv, 1-4.

<sup>2</sup> «Videbit vos cætera multitudo fidelium... Videbit, nec invidet, et collectando vobis quod in se non habet habebit in vobis. Nam et illud canticum novum proprium vestrum dicere non poterit, audire autem poterit, et delectari vestro tam excellenti bono». (S. August., *de Virginit.*, cap. xxix.)

Santos, que después de muertos despedían un olor tan agradable, que jamás persona alguna lo había sentido semejante. Hubiera podido citarte una infinidad de otros. Ese perfume celestial lo exhalan todavía muchos hoy mismo tras de largos siglos de sepultura; tales son, por no citar más que dos ejemplos, Santa Teresa en España y Santa Margarita de Cortona en Italia. Si los cuerpos cuyas almas gozan solas de la gloria exhalan olor exquisito aún en sus sepulcros, ¿qué será en el cielo, donde estarán vivos y gloriosos?

*Placer del gusto.* Lo que acabo de decir del olfato, debe decirse también del gusto. En el cielo el hombre no estará más privado del gusto que de los otros sentidos. Aún se puede añadir que el placer de este sentido será tanto mayor, cuanto el gusto es el instrumento, ó digamos, el sujeto más ordinario de las mortificaciones más penosas.

En tanto que los otros sentidos tendrán su satisfacción propia en recompensa de sus privaciones, ¿el gusto, aniquilado ó paralizado, no tendrá ninguna? Semejante suposición es igualmente contraria á la razón y á la fe. A la razón: dado que hemos de resucitar, esto nos dice que el hombre gozará en el cielo de toda la integridad de su sér, y que todos sus

sentidos estarán en acto. A la fe: la cual nos enseña que en la tierra de los vivientes todo será vida, y vida en su plenitud <sup>1</sup>.

Por lo demás, ya has oído á San Agustín afirmar el placer del gusto en el cielo. Otro gran doctor, San Anselmo, lo enseña con igual seguridad. «La vista, dice, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, todos los sentidos de los bienaventurados gozarán de placeres admirables» <sup>2</sup>.

En apoyo de este tan explícito testimonio podría yo presentarte una larga lista de sabios autores, como San Lorenzo Justiniano, San Gregorio, Escoto y otros muchos, que podrás ver, si gustas, en el eminente teólogo Suárez <sup>3</sup>.

Cornelio Alapide los resume en estos términos: «Todos los sentidos de los bienaventurados tendrán sus goces propios, sus delicias admirables, que ni el ojo vió, ni el oído escuchó» <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Véase Corn. a Lap. in *Matt.*, v, 4.

<sup>2</sup> «Oculi, aures, nares, os, manus, guttur, jecur, pulmo, ossa, medullæ... beatorum mirabili delectationis et dulcedinis sensu replentur». (Lib. de *Similit.*, cap. xxxvii.)

<sup>3</sup> in Par., t. ii, disput. 47, sec. últ.

<sup>4</sup> In Apoc., xx, 2.